

MARTIN LUTERO Y LA BUSQUEDA DE LA LIBERTAD

En nuestros días, el movimiento ecuménico va abriendo el camino para tratar el fenómeno de la Reforma con menos carga de prejuicios y mucho más apegado a la verdad histórica. La Iglesia católica, a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965), con Juan XXIII a la cabeza, inició un fructífero diálogo ecuménico destinado a entenderse con los "hermanos separados" y reivindicando la contribución histórica del controvertido monje agustino.

Independientemente del esfuerzo ecuménico, el luteranismo como tal es hoy uno de los grupos protestantes más numerosos del orbe, contando con más de 70 millones de miembros, 17 de los cuales viven en el norte de Europa, más de 7 millones en el Oeste Medio de Estados Unidos, producto de las inmigraciones alemanas y escandinavas, y los restantes en Alemania, Europa Central y otros países. En América Latina, la presencia luterana es poco significativa, pero tienen fuertes congregaciones en Argentina y Brasil, a consecuencia, también, de las inmigraciones alemanas a esos países. Pero la influencia de la revolución religiosa desencadenada por Lutero y otros eminentes reformadores del siglo XVI y XVII, se ha extendido a todo el mundo, y más allá del movimiento propiamente luterano, se han desprendido del árbol de la reforma una multiplicidad de pequeñas y grandes iglesias, que hasta el día de hoy continúan su proceso de fraccionamiento y crecimiento.

EL REFORMADOR

Hereje, santo, lunático, salvador, profeta, cismático, revolucionario, han sido algunas de las loas e imprecaciones que se le han atribuido a este monje que conmovió la iglesia universal, Martín Lutero, nacido en Eisleben, Alemania, el 10 de noviembre de 1483 y muerto en su ciudad natal, el 18 de febrero de 1546, fue, a no dudarlo, una de las vidas más dinámicas y vigorosas en la historia del cristianismo. Su entrada a los 22 años de edad en el convento de los agustinos de Erfurt marcó el destino de aquel hombre y lo colocó en el camino de una reforma religiosa que aún hoy sigue sacudiendo los cimientos del cristianismo.

Cuando, en Octubre de 1517, el ya doctor Martín Lutero clava en la puerta del castillo de la capilla de Wittemberg las 95 tesis que incendiarían a Europa, hacía 25 años que Colón había inaugurado la conquista de América, y veinticuatro que el papa Alejandro VI repartía el nuevo mundo entre los monarcas de España y Portugal. Para ese momento,

Lutero no pretendía una ruptura con la iglesia. En esta etapa de su vida escribió: "Debemos aferrarnos a la Iglesia y ayudarla, porque la separación no ayudaría en nada". Con sus famosas tesis, Lutero quiso levantar una discusión académica en su calidad de monje y profesor de la universidad de Wittemberg; pero, al protestar contra las indulgencias, tocó en su fondo el sistema penitencial de la Iglesia medieval, poniendo en entredicho el poder y la infalibilidad del Papa.

Claro que el movimiento desatado por Lutero, que condujo a la espectacular aparición del protestantismo en la arena social europea, no puede ser explicado solamente como una revuelta repentina y de rechazo a los errores acumulados durante siglos en el aparato de salvación de la Iglesia. La reforma del siglo XVI, si bien es un hecho fundamentalmente religioso, puede ser explicado sólo en el



Ramón Castillo

En la perspectiva de Lutero, la participación política del cristiano es una dimensión del sacerdocio universal, una manera de amar al otro; no porque la fe ofrezca al cristiano un programa político o ideológico, sino una razón de la mente y el corazón para participar

marco de las contradicciones internas vividas por la cristiandad medieval dentro de un proceso más amplio de transición del feudalismo al capitalismo. En diversos aspectos de la vida real de la Alta Edad Media, fueron apareciendo signos de renovación, tales como el crecimiento de las ciudades, las cuales prosperaban al calor de las múltiples oportunidades de enriquecimiento que hallaron los burgueses. Los viejos ideales de cristiandad medieval basados en el heroísmo, la santidad y la idea del trasmundo empezaron a ser sustituidos por los nuevos valores de trabajo y riqueza. Los Estados nacionales adquirieron de pronto un inusitado valor apoyándose en la burguesía en ascenso, declinando la viabilidad de un orden ecuménico fundamentado en el imperio o en el papado. Por otro lado, el papado recibía los embates, desde hacía varios siglos, de las fuerzas que pugnaban al interior de la Iglesia.

"PATRIA, LIBERTAD Y EVANGELIO"

En este marco de acontecimientos históricos, es oportuno recordar que, para los siglos XV y XVI, el nacionalismo alemán se mezclaba con sentimientos de rencor contra los italianos, a quienes acusaban de explotadores. Este viejo disgusto de los alemanes parece haber sido olvidado en la corte del Papa de los Medicis León X a la hora de publicarse las indulgencias destinadas a recabar fondos para la nueva iglesia de San Pedro. El mismo Tetzl, principal vendedor de indulgencias, comprendió temprano el alcance de las tesis de Lutero, y al respecto afirmó que estaban destinadas a producir gran escándalo, pues "despreciaban la superioridad y el poder de la santidad del Papa y de la Santa Sede Romana".

Esta posición irreconciliable sobre las indulgencias, conjuntamente con la apropiación por parte de Lutero de los planteamientos contestatarios pre-reformistas, constituyeron los combustibles de la nueva revolución.

"Patria, libertad y Evangelio" fue uno

de los lemas luteranos que contribuyeron a arrebatar extensas masas populares alemanas a la antigua Iglesia. Para 1520, Lutero proclama abiertamente su posición en el tratado sobre la Libertad Cristiana. Allí defendió la justificación ante Dios por medio de la fe y no por las obras, insistió en el sacerdocio universal, por el cual cada creyente tiene acceso a Dios sin mediaciones humanas. Precisamente, el sacerdocio universal de los creyentes, la justificación gratuita por la fe y la sola autoridad de las Sagradas Escrituras van a constituir la espina dorsal de la teología luterana y la base sobre la cual se levantaría el edificio de la nueva Iglesia. El 10 de diciembre de aquel año, en una manifestación pública y rodeado de sus estudiantes, Lutero quemó la bula *Exsurge Domine*, con la cual el Papa lo amenazaba de excomunión. Este acto marcó la ruptura con Roma. Había nacido el Protestantismo. Cuando se firmó la Paz de Augsburgo, que repartía a Alemania entre el catolicismo y el luteranismo, en 1555, ya el movimiento había rebasado ampliamente los límites germanos, para llegar a Suecia, Finlandia, Dinamarca y Noruega, gran parte de Suiza y la Alta y Baja Austria, entre otros países.

Pese a los cambios que la Reforma obligó a desatar, Lutero se mantuvo fundamentalmente conservador, tanto en lo teológico como en lo social y político. Esta posición lo obligó a trabajar por una cultura "eclesiásticamente dirigida", donde el orden impuesto por la Iglesia se extiende a todo el ámbito de la vida, manteniéndose una cooperación armoniosa entre la autoridad eclesiástica y la secular. Este idealismo conservador marcó la labor de Lutero y terminó por someter a la nueva Iglesia a la voracidad de los príncipes alemanes. Sin embargo, como apunta el sociólogo alemán Ernst Troeltsch, al quebrar el monopolio eclesiástico católico y abrir las puertas a una

pluralidad de iglesias, el movimiento inaugurado por Lutero contribuye a quebrantar la cristiandad medieval, facilitando de una manera notable el advenimiento del mundo moderno.

La contribución de Lutero a la percepción del quehacer político desde una perspectiva cristiana es sobresaliente. Adelantándose en siglos a los actuales planteamientos del socialcristianismo, Lutero concibe la política como un campo de servicio; un lugar en el cual el cristiano ha de buscar soluciones a su prójimo social, como anota Juan Stymme. En la perspectiva de Lutero, la participación política del cristiano es una dimensión del sacerdocio universal, una manera de amar al otro; no porque la fe ofrezca al cristiano un programa político o ideológico —aquí la diferencia con ciertos socialcristianismos tanto católicos como protestantes— sino una razón de la mente y el corazón para participar; una preocupación y una norma central para evaluar todo programa, ideología, estructura o acción política. Las libertades políticas, económicas o sociales no son, para Lutero, un fin en sí mismo y sólo son dignas del compromiso del cristiano en tanto y en cuanto conduzcan al bienestar del prójimo.

Hoy, a 450 años de la muerte de Lutero, se le considera más que un pensador sistemático en el campo teológico o político, una fuerza titánica; porque, aunque escribió un sinnúmero de declaraciones populares sobre la nueva fe, que son un modelo de claridad, falló en su intento por ordenar un pensamiento teológico-político. Antes de morir, cuando algunos de sus seguidores empezaron a considerarlo un legislador infalible, se quejó: "Tratan de convertirme en una estrella fija y sólo soy un planeta irregular". □

Ramón Castillo es sociólogo egresado de la UCAB, pastor ordenado de la Unión Evangélica Pentecostal Venezolana y diputado al Congreso Nacional. Este trabajo forma parte de una novedosa investigación histórica titulada "Presencia Protestante en Venezuela Durante el Siglo XIX", con la cual el autor obtuvo el título de Magister en Historia.